

«ORÓSPEDA», UNA REVISTA LITERARIA MURCIANA DE HACE MEDIO SIGLO

POR

ANTONIO CRESPO

Nace la revista «Oróspeda» cuando media Europa sufre las convulsiones de la guerra llamada europea que, durante cuatro años, había de dividir a los pueblos, convirtiendo naciones vecinas en enemigos irreconciliables. España mantiene en aquellos momentos el difícil equilibrio de la neutralidad y, dentro de ella, Murcia es el más expresivo símbolo de la población tranquila, de vida plácida y reposada.

Todos los días amanece igual sobre calles y plazas. Las gentes hablan de las mismas o parecidas cosas en el Círculo de Bellas Artes, en el Casino. Se repiten los saludos de los transeúntes. La Universidad —reconquistada— es el *alma mater* de la ciudad: su gran timbre de gloria en el terreno de la cultura. El ambiente resulta propicio para todas las manifestaciones del espíritu; fructifican, por eso, abundantemente, los músicos, los pintores, los poetas, los investigadores, los críticos...

A fines de 1916, en que aparece «Oróspeda», la prensa periódica alcanza en Murcia una de sus épocas más brillantes. Se editan tres diarios, «El Liberal», «La Verdad» y «El Tiempo» —los tres, de cierta tradición y arraigo— y surgen, esporádicamente, numerosas publicaciones de diferente signo: satíricas, políticas, deportivas, científicas, religiosas... Está



casi recién creada la Asociación de la Prensa y, en fin, la ciudad entera se ha conmovido ese mismo año con la muerte de un periodista, Martínez Tornel, fundador y director durante veinticuatro años del «Diario de Murcia».

Sería prolijo enumerar todos los antecedentes de «Oróspeda». Pero conviene mencionar algunos, los más próximos. Así, «El jilguero», semanario artístico-literario, cuyo director se ignora; se imprimía en folio menor, con cuatro páginas, y debió tener corta vida. Más interés ofrece, siquiera sea por su continuidad, «Murcia», también semanal, que fundó y dirigió en 1904 el catedrático José María Arnáez y consiguió mantener durante trece años, cifra insólita en publicaciones de este género. Más cercana a «Oróspeda» es «Juventud», que comenzó a salir en 1912 y alcanzó unos cuarenta números decenales; la dirigieron sucesivamente Miguel A. Ugena, Trinidad Pérez y Andrés Bolarín. Por último «Polytechnicum», revista mensual «de Ciencias, Artes, Cultura general y Medicina», que pervivió de 1916 a 1922; la fundó el doctor Pérez Mateos, como transformación de una «Gaceta Médica de Murcia» que dirigía anteriormente, y colaboró en ella Juan Ramón Jiménez.

El primer número de «Oróspeda» aparece con fecha 1 de diciembre de 1916 (1). Su director es Justo García Soriano, oriolano, autor posteriormente de «*Estudio acerca del habla vulgar y de la literatura de la región murciana*» y «*Vocabulario del dialecto murciano*». En el comité de redacción figuran los nombres de Joaquín Báguena, Emilio Díez de Revenga, Pedro Font y Puig, José Frutos Baeza, Pedro Jara Carrillo, Vicente Llovera, Enrique Martí y Mariano Ruiz-Funes, todos ellos muy conocidos en el ámbito de las letras y de la política de aquel tiempo (2).

«Oróspeda» se publicó como revista quincenal. Tuvo su redacción en la calle de La Merced, núm. 12, y se vendió a 0'50 pesetas. Las palabras «Ciencia, Literatura, Arte», subtítulo de la publicación, dan una idea de su campo de acción, un tanto amplio y hasta algo dispar, pero que, luego, en la realidad, quedó mucho más claramente definido, puesto que el vocablo «Ciencia» se concretó casi siempre a la histórica, sociológica o filológica.

Presentó «Oróspeda» en todos sus números una portada del hoy famoso escultor José Planes, en tricolor, en la que aparecía la Victoria de Samotracia sobre un fondo de la Acrópolis griega, completado todo ello con un medallón de la Dama de Elche en un ángulo superior. Frente a

(1) Se edita en tamaño folio menor, con veinticuatro páginas, más las cubiertas en couché, lo mismo que los números siguientes.

(2) A partir del número 9 figura Frutos Baeza como redactor-jefe.



las modestas cubiertas de las revistas murcianas de entonces, esto debió de ser casi un alarde.

Los fines de «Oróspeda» quedan claramente expuestos en un editorial titulado «Presentación», que encabeza las páginas de tipografía ordinaria del primer número. Tras hacer unas consideraciones muy genéricas sobre el engrandecimiento de la patria a través del progreso de las regiones y un somero recuento de murcianos ilustres, leemos:

«Tenemos, en gran abundancia, hombres de clara inteligencia, de viva imaginación, de chispeante ingenio; pero somos apáticos e indolentes en grado sumo.

A causa de esta apática indolencia, sin duda, hemos carecido de otros medios culturales de que disponen ha tiempo regiones que no superan y acaso no igualan en importancia ni en valores intelectuales a la nuestra. Aludimos a publicaciones de índole científica, literaria y artística.

¿Quién no sabe que la cátedra primero y luego el libro y la revista, serios y científicos, son los grandes medios con que cuenta la sociedad moderna para aumentar rápida e indefinidamente su grado de cultura?

Con estos ideales y a llenar tal vacío, que en nuestra región se deja sentir, viene a la luz pública la revista «Oróspeda».

Queremos estudiar y dar a conocer nuestras glorias pasadas y presentes, nuestra Ciencia y nuestro Arte, rindiendo el debido culto a la Verdad, a la Belleza y al Bien.

Aspiramos, modestamente, a proporcionar a los hombres estudiosos, a los poetas, a los literatos y a los artistas de esta región una tribuna y un palenque donde puedan mostrar dentro y fuera de ella el producto de sus desvelos y hacer gala de sus aptitudes e inspiraciones. Así estimularemos sus esfuerzos y difundiremos la cultura.

A la vez procuraremos traer de fuera cuantos adelantos y novedades científicos, literarios y artísticos, merezcan saberse y admirarse, contribuyendo de este modo a la divulgación de los conocimientos útiles y agradables.

Tal queremos que sea nuestro programa y así entendemos nuestro regionalismo cultural».

También se explica en el editorial la razón del título. «Oróspeda» fue el nombre con el que se designó la región murciana en época romana y visigoda, según consta en Estrabón, Idacio y San Juan Biclarense.

Aunque «Oróspeda» tuvo corta vida —sacó su último número, el décimo, el 15 de abril de 1917—, supuso un notable avance en relación con las anteriores revistas literarias. Por lo pronto, no era la clásica publicación de estudiantes, llena de buenos deseos pero falta de sazón. Agrupó a las mejores firmas locales de su época y consiguió que la mayoría de



los originales dados a conocer en sus páginas poseyeran calidad e interés. Al cabo de casi cincuenta años, «Oróspeda» conserva gran parte de sus valores y puede afirmarse que no ha sido superada, a pesar de los numerosos y casi siempre frustrados intentos que de revistas literarias se han hecho (3).

«Oróspeda» buscó y consiguió la colaboración de escritores no murcianos de renombre, como Adolfo Bonilla San Martín, al que se califica pomposamente de «una de las mayores glorias de la mentalidad española contemporánea» y el cubano Alfonso Hernández Catá. Junto a ellos escribieron con asiduidad los componentes del comité de redacción. Fuera de éstos, hay que citar a José Ballester, Miguel Pelayo, Ricardo Cordero, Andrés Bolarín, Luis Luna, Francisco Frutos Rodríguez, Juan Guerrero, Enrique Soriano, Nicolás Ortega, Antonio Puig Campillo y Andrés Sobejano, entre otros varios.

Examinemos ahora de una forma panorámica el contenido de «Oróspeda», a través de los distintos géneros a los que dio cabida en sus páginas.

LA POESÍA EN «ORÓSPEDA»

En poesía, el primer trabajo original pertenece a Jara Carrillo, director de «El Liberal», autor de varios libros de versos, como «*Siemprevivas*», «*Besos del sol*» y «*El aroma del arca*», todos ellos de gran sabor vernáculo, cultivador de la novela de costumbres murcianas en «*Las caracolas*» y hombre de cierta significación en el ámbito literario de la Murcia de la primera mitad de siglo.

Jara Carrillo no fue poeta de altos vuelos, pero dominaba la versificación; por otra parte, el acercamiento en sus temas a las cosas de su tierra —que él conocía y amaba sinceramente— da a sus obras un apreciable tono de autenticidad, de verdad. El poema al que nos referimos se llama «Sor Agua» y está escrito en cuartetos; el tema, como sugiere el título, se refiere al río, nacido impetuosamente en la sierra y amansado después, a su paso por la vega. Hay fragmentos de sencilla y grata belleza:

*«Sor Agua, sor Agua... —oigo en mi camino.
Ya cogí las mieses que tú me has granado,
ya tengo en las eras el trigo aventado,
ven y mueve ahora mi viejo molino.*

(3) Quizá «Arrixaca» haya sido el proyecto más interesante y aproximado en categoría, pero sólo editó uno o dos números.



Destaca en el poema una imagen muy original y expresiva: la comparación de las cañas que crecen en los márgenes del río con las lanzas de regios soldados:

*Igual que si fueran coronas reales,
arrastra las rojas flores del granado
y le rinden armas, yendo siempre al lado,
con sus alabardas, los cañaverales.*

De Andrés Bolarín es «Interior», poema en el que se relata, con diálogos y todo, una sombría historia, a través de largos cuartetos que parecen en ocasiones prosa rimada. Lo único señalable es la clara influencia de Antonio Machado en unos versos que dicen:

*...la luna
El reloj de la iglesia del lugar ha sonado
con larga campanada vibradora. La una.*

De León González publicó «Oróspeda» tres poemas de neto sabor postromántico. Usa de lugares comunes, pero demuestra cierto oficio poético.

En la misma línea se desenvuelve Gabriel Guillén, cuyo «Nocturno» tiene resonancias becquerianas. Hay versos sentidos junto a rasgos prosaicos. Termina así:

*¡Avenida de los tilos
—éxtasis de los recuerdos—,
dormiré bajo tus frondas
el grave silencio eterno!*

También llevan su firma «Tú ya estarás casada» y «Pierrotina».

Del conocido escritor local Enrique Soriano —coautor del sainete «La inquina de los panochos», así como de «El libro regional»— hay un extenso poema en quintillas, «Esta alegría, este placer», que no interesa apenas.

Otro poeta que colaboró en la revista fue Francisco Frutos Rodríguez, hijo de Frutos Baeza. La fama de ambos está cimentada en el cultivo de la llamada poesía «panocha», en romances llenos de gracia, en los que el habla popular es usada con singular ingenio. Frutos Rodríguez tiene en su haber varios libros —«Dende el cornijal», «Piulas y cobetones»—, que son sabrosísimas colecciones de versos de profunda raíz localista.



Sin embargo, los dos poemas de Frutos Rodríguez aparecidos en «Oróspeda» están fuera de ese ámbito en el que tanto renombre había de lograr. Son dos sonetos de correcta factura pero sin mayor significación. En uno de ellos, «Oriental», está presente el influjo de Zorrilla, y, más aún quizá, el de Villaespesa, poeta muy apreciado en aquellos años.

Jesús de Mijares es autor de «Divagaciones», obra de intención social y tono retórico.

Cuando «Oróspeda» estaba al borde de su fin, colaboró por vez primera el poeta Andrés Sobejano, uno de los escasísimos supervivientes de la revista. Son sus versos muy clásicos, con regusto neoparnasiano, muy representativos del estilo del autor, del que se publicó hace pocos años «*Sombra y vislumbre*», único libro poético suyo, en el que se recopila parte de su abundantísima producción dispersa.

El propio director de «Oróspeda», Justo García Soriano, aportó también un poema, con el seudónimo de «Tomás Morales», a la serie poética de la publicación. No era éste el punto fuerte del notable escritor murcianista, por lo que su evocación «De la vieja Castilla» no añade nada a su merecido prestigio de erudito y narrador.

Otros vates a los que se dio cabida en las páginas de «Oróspeda» fueron Francisco E. Aguilera, Enrique Castaño Gallostra, Joaquín Cabrera y Luis Pelegrín.

La habitual sección de poetas regionales se alternaba con otra de extranjeros, traducidos y puestos en verso castellano. Así, se ofrecieron al lector obras más o menos apreciables de Eugenio de Castro y Guerra Junqueiro; de Fogazzaro y de Grossi; de Alberto Samain —al que se llama nada menos que «divino poeta de la dulce Francia»—, de Vicaire, de Donnay y de Heine. Los versificadores—y quizás traductores en algún caso— fueron, respectivamente, Miguel Pelayo, Jara Carrillo, Díaz Plaza, R. M. Capdevila, Frutos Rodríguez, Enrique Soriano, Andrés Bola-rín y Jesús de Mijares.

Algunas veces, el autor extranjero era presentado con una breve nota biobibliográfica.

CUENTOS Y RELATOS BREVES

En el campo de la prosa se dedica el mayor espacio al cuento, al relato breve, de sabor localista en ocasiones.

En este último aspecto, el mejor cultivador del género es, sin duda, Frutos Baeza, que supo imprimir a sus escritos una gracia especial.

Sus cuentos en «Oróspeda» son pequeños cuadros de costumbres y sucesos murcianos, con tipos muy caracterizados, diálogos llenos de natu-



ralidad y descripciones plenas de donaire. Unas veces se apoya en algún dato histórico; otras, en leyendas, y en la mayoría de los casos crea los hechos y los personajes con rasgos tomados aquí y allá de la realidad misma. En «El fraile Perico» da forma literaria a un episodio legendario basado en un dicho popular. En «Un hombre de carácter» adoba con ingenio un sucedido de la Murcia de 1840, del que fue protagonista el entonces jefe político de la provincia don Martín de Foronda. En «El pícaro Juan González o La justicia a palo seco» relata la frustrada aventura amorosa de un donjuán pueblerino con una monja de Santa Clara. «El patriotismo del tío Olivares» es una ligera estampa en torno a la rivalidad de dos villas costeras. «Menudencias», en fin, toca con mucho grajejo una peripecia cómico-dramática en una capea.

En esta misma tónica, aunque no tan conseguidos, hay que citar dos cuentos de Mariano Ruiz-Funes: «Un duelo en la huerta», en torno a la figura de un cacique huertano, apañador de pleitos, curandero y medio brujo, y «La voz de la sangre», humorística historia sobre una rivalidad amorosa (4). También, uno de Ricardo Codornú, «El árbol de la Virgen», basado en las populares romerías al Santuario de la Fuensanta, y otro de Martínez Tornel, «Las eras», reproducido del «Diario de Murcia».

Este último es un precioso cuadro huertano, en el que hay imágenes de gran belleza. He aquí un fragmento, cuyas primeras frases recuerdan la prosa de Gabriel Miró: «Estaba la era allí próxima, en un bancal más alto que los demás, y en el cual tenían entrada libre los aires. Trillaba un par de yeguas conducidas por un muchacho, que en pie sobre el trillo (...), dando sereno las redondas vueltas sobre la desigual mies, parecía nada menos que Neptuno llevado sobre las olas por sus tritones».

Ajenos al tema vernáculo o muy levemente entroncados con él, se publicaron bastantes narraciones breves, de autores murcianos y no murcianos. Al propio Frutos hay que añadirle «En Sevilla maté a un hombre» y «Los viejos cafés», menos interesantes que los del grupo anterior. José Ballester, hoy veterano periodista y autor de varios libros —entre ellos, las novelas «Otoño en la ciudad» y «Sueños»— firmó varios trabajos en una prosa tersa y cuidada: «La mano del caballero», delicada evocación del mundo de El Greco, «El primer ministro», «Dante y las muchachas curiosas»...

Párrafo aparte merecen dos notables cuentos de García Soriano, «Estérilidad» y «El último Mudarra».

(4) Es de notar la inclusión en este último cuento de voces del léxico murciano: azarbe, repiscos, regatón, rilá...



El primero es un atinado estudio de la infelicidad de un matrimonio sin hijos, en contraste con la fecundidad de las familias de sus colonos y vecinos. Destacan algunas expresivas descripciones de las faenas agrícolas, como ésta:

«La almazara se erguía entre los liños del inmenso olivar, próximo al pueblo. Era la época del trabajo. En su interior, en el amplio recinto del molino, había un ronco estrépito de colmena. Mugían las piedras al triturar, en su giro pesado, la aceituna sobre las soleras. Las prensas chirriaban y trepidaban las tolvas. Con el estruendo de los artefactos se confundía el canto de los molineros, que trasegaban la oliva de los capachos y estorines y escurrían el alpechin. El aceite iba llenando los regueros y las balsas, en chorro continuo como de líquidos topacios.

En las bodegas, vecinas a la almazara, transcurrida ya la vendimia, se pisaban las últimas uvas y comenzaba a fermentar en las enormes cubas el rojo mosto».

O la pintura de sosegados interiores, en el atardecer campesino:

«El tinelo de la casa era un aposento amplio, rectangular, con dos grandes rejas practicables, que daban a un patio enlosado y cubierto de parrales. A lo lejos, columbrábase el corral, las cuadras y los árboles del huerto, todo esfumado a aquella hora por las cárdenas gasas del crepúsculo. La habitación estaba en penumbra. Los destellos rojizos de los tizones, que ardían en el hogar de la chimenea, iluminaban con oscilaciones desiguales los ángulos oscuros. La vajilla talavereña y la plata y cristalería de los aparadores fulguraban a intervalos. Entre ventana y ventana, se alzaba desde el suelo un enorme y antiguo reloj de pesas, que iba marcando con el acompasado golpe de su larga péndola, el inquietante galopar del tiempo. Cerca del fuego, arrellanada en su poltrona bajo el rebujo de su mantón, yacía doña Dolores».

Los personajes también quedan definidos física y psicológicamente con vocablos certeramente elegidos, que los caracterizan con rapidez: «Era un hombre alto, desvaído y macilento, de nariz aguileña, ojos mortecinos y barba rala, de laso y entrecano pelambre. Encanecido prematuramente, apenas frisaría en los cuarenta. En sus palabras había a menudo un balbuceo incoherente y premioso, expresión de ideas truncadas y confusas o de un carácter pusilánime».

En el segundo de sus cuentos se repiten estos aciertos descriptivos. De uno de los personajes dice, por ejemplo: «Don Gonzalo tiene el rostro trigüeño y jocundo, los ojos albosanos y vivos y sobre su boca, marcada por dos bezos prominentes, tiende a caer un mostacho lampiño, artificialmente negro y recortado con pulcritud. Su frente amplia, limitada por el flequillo del bisoñe y dos cejas hirsutas, marchítase ya con arru-



gas indelebles. Sus mejillas carnosas, mofletudas, se pliegan junto a la nariz y comisuras de los labios en dos surcos profundos; y el cuello ple-tórico, de toro, cuelga en papada mantecosa sobre la corbata, a punto de reventar la tirilla de la camisa».

El asunto del relato está expuesto con donosura y se refiere a la pugna amorosa entre el maduro don Gonzalo y un joven periodista, que desemboca en un duelo a espada.

De Enrique Martí se publicó «Los hijos de Pepe», subtulado «novela comprimida». Martí era hombre muy culto, buen lector— especialmente de literatura francesa, que influiría en su obra posterior— y gran amante de la música. Como literato se nos muestra aquí narrador ágil, ameno, de correcta prosa. Su único cuento en «Oróspeda» presenta el contraste entre dos hermanas, una guapa y otra fea, enamoradas del mismo individuo. Destaca el diálogo, suelto, natural, agudo.

Otros relatos de menor interés son: «Suceso», de Hernández Catá; «Mal haya quien adula al poderoso», de J. Ledesma; «El árbol de la paz», de Ricardo Codornú; «Por qué se mata un hombre», de Jesús de Mijares; «El milagro del Cristo», de J. B. Estellar, y «Por tierras de morería: Larache pintoresco», de Gustavo Beltrán.

En el terreno de la prosa lírica hay que mencionar dos colaboraciones de Juan Guerrero, más importantes que por su valor propio por la personalidad del autor, amigo íntimo de famosos escritores —Juan Ramón Jiménez entre ellos— y hombre entrañablemente ligado a Murcia hasta su muerte, hace algunos años. También José Ballester aporta un breve trabajo titulado «Floración de ensueño».

EL ENSAYO

Gran parte de las páginas de «Oróspeda» estuvieron dedicadas al ensayo. Los temas son diversos y los comentaremos separadamente.

La historia es motivo de trabajos de cierto interés. Así, Rufino Gea, cronista honorario de Orihuela, escribe sobre la piadosa ceremonia de conducir la imagen de la Virgen de Monserrate al puente sobre el Segura y arrojar al río su ramo de flores, para que librase a la población y a la huerta de inundaciones. La costumbre —según cuenta— arranca del año 1672. «Todmir» relata en «El patrón de la diócesis» los motivos y circunstancias que determinaron la creación del patronazgo de San Fulgencio desde 1594, así como el traslado de una reliquia suya desde Ecija. Frutos Baeza narra en «Cosas del año 2» (5) curiosos sucesos de aquei

(5) Se refiere a 1802, no al 1902, como podría lógicamente pensarse.



tiempo: la rotura del pantano de Lorca a causa de la enormidad de las lluvias; la adquisición por parte del Ayuntamiento de un retrato de Goya, obra de Goya; el tránsito por Murcia del rey Carlos IV y su familia, etc. Joaquín Báguena ofrece algunos datos sobre Alonso Fajardo, señor de la villa de Ontur, Albatana y Espinardo, y teniente de adelantado en Murcia, en «El celoso Fajardo». En «Los conspiradores» presenta un episodio murciano de la guerra de Sucesión. Finalmente, Antonio Puig Campillo refiere al lector un pintoresco sucedido en «La bandera roja del cantón murciano»: el empleo de la enseña turca, en vez de la encarnada, a falta de ésta, por los cantonalistas cartageneros de 1873 y los hechos a que ello dio lugar.

El ensayo literario ocupa gran espacio desde el primer número en que Bonilla San Martín intenta delimitar la personalidad de Avellaneda, el autor del falso «*Quijote*». Las conclusiones del autor son: que Avellaneda debió ser hombre versado en Teología, cuando no religioso, a juzgar por las citas de su obra; que conocía bien Alcalá y probablemente estudió en aquella Universidad; que conocía también Zaragoza y era muy posiblemente aragonés; que fue un sujeto a quien Cervantes ofendió de algún modo en la primera parte del «*Quijote*». El artículo, amplio y claramente expuesto, se completa con oportunas citas, sistema poco usado por los investigadores murcianos de la época, muy cuidadosos de ocultar sus fuentes de consulta.

A Enrique Martí se debe un ingenioso artículo crítico titulado «Plagios» en el que, después de citar los «saqueos» literarios hechos por Shakespeare, Moliere, Corneille, Valle-Inclán, etc., se detiene particularmente en los de D'Annunzio a costa de Maeterlink, Flaubert y Maupassant.

Aunque no escrito especialmente para «Oróspeda», apareció con la firma de Martí un ensayo sobre los romances de Tornel, publicado poco antes como epílogo a los «*Romances populares*» del recién fallecido periodista. Martí, que poseía sentido de la crítica, no se deja arrastrar por el fácil ditirambo y expone que «la obra de Tornel no es obra trascendental». Añade: «Jamás pulía lo que brotaba de su pluma; escribía al vuelo, bajo la impresión del momento y la agobiadora necesidad de llenar cuartillas. Su obra es incorrecta; pero ¿quién sabe?, sin esto quizá hubiera perdido ese carácter «*sui generis*» que le da el atractivo arcaico de un ingenuo primitivo».

La figura de Tornel es también estudiada por García Soriano en el número 6 de la revista, dedicado en gran parte al popular periodista desaparecido. El artículo, un tanto apasionado, revela rasgos personales de Tornel que contribuyen a su mejor comprensión. Se complementa con la reproducción del notable prólogo de Ruiz-Funes a los «*Romances popu-*



lares». «Era el poeta de Murcia —afirma éste certeramente—; mejor o peor, pero de ella... Su poesía sintetiza el alma de la ciudad».

Joaquín Báguena— a quien debemos un valioso libro biográfico sobre Belluga— es autor de «Baquero humanista», en donde destaca particularmente la faceta de éste como crítico de arte y la aportación que supone su obra «*Los profesores de las Bellas Artes murcianas*». Es apreciable, de un modo especial, su acercamiento *humano* al personaje, cuyos rasgos de carácter quedan muy bien delimitados: «Este profesor murciano —dice—, este hombre de apariencia vulgar, tenía en su corazón, junto a la alegría infantil, el *contemptu mundi* de un desengañado». Y más adelante: « Yo evoco (...) aquel pasado de sencillez y dignidad; aquel saber modesto que irradiaba sin estridencias, callada y mansamente...».

También sobre Baquero escribe García Soriano «Dos obras inéditas sobre escritores murcianos», en donde pide la publicación de su trabajo «Escritores de Murcia», iniciativa que no llegó a prosperar, por cierto.

José Ballester estudia agudamente a Francis Jammes en un extenso ensayo. Define así al escritor: «Es un corazón lleno de ternura; de una ternura que se desborda y se vuelca con un son espontáneo y un ritmo inconsciente. Es un hombre honrado que halló por ventura el sentido bello de todas las cosas naturales; y abriendo los brazos, según hacen los que aman, como no pudo estrechar en ellos a la Creación entera, se dio en ofrenda a sí mismo, alucinado acaso por un panteísmo naturalista, ardiente y humilde que, luego de evolucionar, se ha trocado en espíritu seráfico, semejante al del Pobrecito de Asís». El mundo de Francis Jammes —su casa, su paisaje, su amor a los animales...— se expresa en imágenes de suave y lírica belleza. Merece destacarse la parte dedicada a Clara d'Ellebeuse y sus compañeras. Con un sentido azoriniano del tiempo, Ballester comenta que «Jammes pretende a veces resucitar lo pasado en sus obras, de suerte que (...) se nos inunde el ánimo de una leve amargura en la consideración del tiempo que resbala y de la repetición de cada vida en otra vida posterior».

Andrés Bellogin, catedrático a la sazón del Instituto de Cartagena, escribe «En torno a la poesía de Ricardo Gil». Es un poeta sentimental —afirma— y un poeta descriptivo». El artículo, muy amplio y con atinadas observaciones, desborda, a veces, la justa medida del elogio, para decir, por ejemplo: «No creo que en la decimonovena centuria haya en el Parnaso español poesía superior a la «Parábola del Sembrador».

El tantas veces citado García Soriano es autor de un artículo titulado «El teatro benaventino y las críticas de Pérez de Ayala», en el que juzga con gran penetración las virtudes y defectos del dramaturgo de «Los intereses creados».



Por último, Ceferino Pérez Marín dedica unas páginas a «La Cantiga de la Arrixaca», que no aportan nada al tema, y Juan Oriol, en «Murcia y el centenario de Zorrilla», rinde homenaje a este escritor que hizo un brioso canto de la huerta en su poema «De Murcia al Cielo».

El ensayo filosófico, político y económico, está representado por «Del ensueño y de la guerra» y «De obrerismo católico», del catedrático de la Universidad Pedro Font y Puig; «Regionalismo» y «De obra social», de Emilio Díez de Revenga; «Diálogo», de Alberto Sevilla, autor, posteriormente, de interesantes libros como su «*Cancionero popular murciano*»; «Año Nuevo», de Manuel Reverte; «Algunas consideraciones históricas sobre los fenómenos de desdoblamiento de la personalidad», de Bonilla San Martín; «Notas regionales», de Beni-Comay; «Divagaciones de actualidad: La guerra y la literatura» y «Mientras suena un vals», de Juan Oriol; «Evolución murciana: el interés colectivo», de Nicolás Ortega, y «La educación económica de la región murciana», de Puig Campillo.

Es particularmente destacable en este apartado un trabajo de Ramiro Pinazo titulado «El problema feminista ¿debe abordarse en Murcia?», en el que el autor, claro está, se muestra partidario de su planteamiento. El tema empezaba a ser muy del gusto de la época y había de alcanzar después, en tiempos de la República, su máxima dimensión. Pinazo lo expone en términos de vibrante alegato a lo Castelar. Véase una muestra:

«Hay una estadística aterradora. En España, y con tendencia a aumentar, existen más de seiscientas mil solteras... ¡Y hay que dar gracias a la Divina Providencia de que nuestra nación no haya formado en la conflagración europea!

De esa cantidad más que respetable de *sobrante* femenino, corresponden a la provincia de Murcia unas seis mil mujeres, y sólo a nuestra capital más de cuatro mil...

Y pregunto yo: ¿qué preparación, qué bagaje cultural tienen esas mujeres para poder seguir en la lucha por la vida? ¿Qué educación recibe, qué le propociona la sociedad actual a la mujer para fortalecer sus energías a fin de cumplir sus deberes sociales en el caso probable de no alcanzar el matrimonio?

¡En su inmensa mayoría quedan en cruel desamparo, sin un medio honrado de ganarse la subsistencia, sufriendo las amarguras y decepciones de una vida sin objeto ni dirección!».

El articulista propone, muy razonadamente, una acción social en favor de la mujer para que, a más de proporcionarle, en lo posible, educación apropiada, le abra nuevos horizontes para su porvenir. Y concluye alentando a las ilustres damas de la sociedad murciana —a las que cita



incluso por sus nombres— a que expongan en «Oróspeda» sus opiniones al respecto. Pero... no escribió ni una.

Señalaremos que la redacción de la revista, en una apostilla al trabajo de Pinazo, se identifica con las ideas del autor. «Hora es ya —dice la nota— de que la mujer española (...) se sume a este simpático movimiento feminista extendido en otras naciones, demostrando que la que desempeña por la Naturaleza la augusta misión de ser madre del hombre, es digna también de compartir con éste otras gestiones sociales y de cultura». La explícita adhesión de «Oróspeda» a una cuestión tan espinosa hace medio siglo revela una amplitud de criterio y una visión moderna de los problemas, que merecen reseñarse en su favor.

En curioso contraste hay que señalar un artículo de Font y Puig, «Sermón retahila de tesis reaccionarias sobre el auto particular por las carreteras», que es una auténtica catilinaria contra los coches de turismo, expresada en tales términos que no puede leerse hoy sin una sonrisa, aunque el autor lo escribiese, al parecer, muy en serio. La tesis, expuesta con gran rigor lógico —no en balde Font era catedrático de esta materia— puede resumirse así, según frases literales del ensayo: 1.º El automóvil particular por las carreteras es algo tan indigno de la civilización como digno de la barbarie. 2.º Es también una falta de caridad, de humanidad y un insulto. 3.º Es antieducador para los que van en él.

No nos resistimos a copiar unos párrafos verdaderamente sabrosos:

«El paso del señor no da a los humildes sino sustos, humo y polvo, e irrita los ojos de los lugareños, y empo'lva los vestidos que tal modista tiene expuestos en la tienda, y llena de polvo el barril en que tiene el tendero las aceitunas, y del polvo de la calle quizás impregnado de espantos de tuberculoso hace caer una nube sobre la cesta de la tienda de comestibles en que hay ciruelas o albaricoques de los cuales quizás por compra o por insignificante hurto comerán uno sin lavar ni mondar los inocentes niños que juegan por la carrera calle del pueblo: ¡cómo falta Dios mío, la visión profunda de las menudencias!

Y sale de la calle carretera, y va por la carretera ancha y libre, y corre azorando a los carreteros cuyas recuas de cuatro o cinco mulos se espantan al trepidar del auto; y el auto que va por sport se hace ceder el paso por los carros que van por cosas útiles, y allí andan los carreteros y allí andan los mulos con los ojos encarnados e irritados del sol, y el paso del señor no les proporciona otra cosa que un cuidado, un gruñido de bocina que significa ¡atrás!, y una nube de polvo para que sus ojos se irriten más y se sequen más las sedientas bocas; y allá en un recodo de la carretera está una familia de trashumantes, esas familias que emigran a pie a veces a grandes distancias, y allí comen los pobres, y el paso del



señor ni les proporciona una mirada de caridad ni una limosna, sino el tener que hacerse a un lado, polvo y humo para sus ojos, para su boca, para su comida; es el condimento que el automovilista esparce sobre la comida de los errantes».

El ensayo filológico está representado únicamente por un documentado estudio de Báguena sobre el vocablo «boche», de dudoso origen pero afincado en España, en el habla de germanía, desde el siglo XV. El trabajo mereció ser reproducido en primera página por un diario de París.

El arte, en sus distintas manifestaciones, ocupó, como es lógico, diversas páginas de «Oróspeda». Sobre pintura escribieron Luis Luna y el valenciano José Alberto Guasp. El primero es autor de un extenso trabajo crítico-biográfico acerca de José Pascual y Valls, discípulo de Madrazo y amigo de Ingres, y del que se asegura que le encargaban obras que después firmaban grandes eminencias. Fue famoso su gran fresco del techo del Teatro Romea, destruído por el incendio de 1877. El ensayista afirma que «fue Pascual un murciano más de los robados a la celebridad y a la altura por la atracción fascinadora y letal de esta tierra dormida al amparo de la Torre». Como complemento de sus afirmaciones, «Oróspeda» ofreció a sus lectores una lámina suelta en couché sobre cartulina con tres dibujos del artista. Guasp, por su parte, escribe acerca del pintor Obdulio Miralles, nacido en Totana, emigrante a Cuba y muerto a los veintisiete años, dejando tras de sí una obra pictórica de notable calidad. Destaca el articulista su dominio de la técnica y su brioso colorido, a veces. «Nada en él —dice— revela torpeza, inconsciencia o apresuramiento; por el contrario, sus evoluciones son naturales y por ellas se induce la tenacidad en el estudio y una franca acogida y penetrante comprensión de todas las teorías y tendencias». Por primera vez, aparecen en las páginas de la revista, con este motivo, dos fotgrabados que ilustran el artículo: uno, con la efigie de Miralles —ojos penetrantes, amplio mostacho y enorme nudo de corbata—, y otro, con la reproducción de su cuadro «El descanso de la modelo».

Del mismo Guasp es un ensayo titulado «El servilismo en la música (Notas de un profano)», apasionada defensa de la música, basada en la frase de Verlaine «Lo que no sea música es literatura». Se duele el autor de la pobreza de las palabras para dar forma a los sentimientos y lo parangona con el expresivo lenguaje del pentagrama, tan rico en matizaciones.

Más interés tiene, sin duda, el trabajo «La copla popular española», fragmento de una conferencia del compositor Emilio Ramírez. Habla de las huellas orientales —árabes, sobre todo— en la mayoría de los cantos españoles del pueblo y se detiene especialmente en la consideración del



folklore andaluz. Por último, pide a los músicos que vuelvan sus ojos a lo popular, donde hay una fuente inagotable de arte sincero —como hicieron Barbieri, Caballero y Chapí, y, más modernamente, Turina, Guridi y Pérez Casas—, en vez de imitar las ideas y la técnica de los extranjeros. «No luchéis más —dice— para encontrar el cimiento del verdadero arte lírico nacional: buscad el alma del pueblo, que allí se consagra, se afirma y se consolida». El artículo conserva, después de tanto tiempo, una perfecta vigencia.

La exposición al público de una obra de Planes da ocasión a García Soriano a trazar unos juicios sobre el hoy famoso escultor murciano vecindado en Madrid. El crítico señala la «severa y armónica grandeza» del trabajo exhibido, al que no vacila en calificar de «muestra gallarda y valiente de un arte robusto y nuevo, seguro de sí mismo», si bien alude también al fuerte influjo de Rodin, Clará y Julio Antonio.

El propio García Soriano escribe también sobre «La Dama de Elche», en el último número de «Oróspeda». Hace una descripción minuciosa y exacta de la célebre escultura, instalada en aquel tiempo en el Museo del Louvre: «La frente —dice— es amplia y llana; los ojos rasgados y ligeramente oblicuos; la nariz, delgada y recta, de trazo casi helénico; la boca pequeña, de labios finos y un poco prominentes, que conservan su color rosa; el mentón es redondo y abultado. El conjunto del rostro tiene una delicada belleza y una sugestiva expresión, algo meditabunda y melancólica, de serena majestad. Se diría que es el retrato de una princesa orgullosa de su hermosura y de su estirpe». Lástima que el atinado análisis de la «Dama de Elche» desemboque en una comparación fuera de lugar, cual es la de los rasgos de esta escultura y los de la «Dolorosa» de Salzillo

LA VIDA CULTURAL EN «ORÓSPEDA»

Como publicación periódica que era, relacionada con un tiempo y una circunstancia geográfica, «Oróspeda» no pudo quedar al margen de los pequeños acontecimientos culturales de la Murcia de los años 16 y 17. Así, bajo el epígrafe de «Cultura murciana», unas veces, o de «Información», simplemente, otras, se reseñan en sus páginas diversos actos y se recogen breves noticias de carácter literario o artístico.

Gracias a estas secciones, queda constancia de un ciclo de conferencias que organizó el recién creado Ateneo Escolar en el que intervinieron distinguidos escritores, algunos de ellos redactores de «Oróspeda». Ruiz-Funes disertó sobre «Lo poético en el delito»; Jara Carrillo, sobre «Estudiantes de hogaño»; Llovera acerca de Murcia como capital; el deán de la Catedral, López Maymón, sobre «Educación e higiene de la



voluntad»; el catedrático Fernández Nónidez, en torno a «Teorías modernas acerca de la herencia biológica».

Merece que nos detengamos un momento en la tesis, verdaderamente pintoresca, de la conferencia de Llovera, comisario regio de la Universidad en aquel entonces. Copiamos: «Toda capital supone una aristocracia, dijo. Es el poder directo, no actualista sino fundamental. (...). Un elemento estético, cultural, artístico, forma la médula de una capital, y su aristocracia suprema y directiva las mujeres, que son la inspiración y son el impulso; con preferencia, claro es, las mujeres bellas. Teniendo en cuenta este elemento, Murcia puede ser una capital». Después de esto —que se lee en el número 1— se comprende que Llovera no escribiese una sola línea en «Oróspeda».

Otro acto reseñado es un homenaje a Andrés Baquero, promovido por el Círculo de Bellas Artes, con intervención de los redactores de «Oróspeda» y de otras figuras del momento, como Isidoro de la Cierva y Gaspar de la Peña.

«Oróspeda» da cuenta también de la visita a la ciudad del pintor Gustavo de Maeztu, para estudiar los tipos, costumbres y paisajes levantinos; de la reapertura del Dispensario Antituberculoso; de la toma de posesión de diversos personajes y de la aparición de algunas revistas en el ámbito nacional. Comenta la nueva edición, con fines benéficos, de los «*Romances populares murcianos*» de Tornel, el éxito teatral en Orihuela del drama «*Los nietos de la Armengola*», de Rufino Gea; los fallos de algunos concursos literarios locales; la muerte en Alicante de Joaquín Dicenta, etc.

Resalta la crónica de una gala cervantina celebrada en el centenario del autor del «*Quijote*», como final de las fiestas de abril de 1917. Actuó como mantenedor Jacinto Benavente, y prestigiosos poetas de la región escribieron para el acto composiciones inspiradas en los más famosos tipos femeninos de Cervantes. Bellas señoritas murcianas, vestidas de Marcela, la Gitanilla, Dulcinea, etc., dieron voz a las poesías sobre las tablas del Romea. Estos ingenuos carnavales escénicos eran muy del gusto de la época, por lo que no es dudoso que la fiesta, además de un pequeño acontecimiento social, fuera un éxito. El anónimo cronista de «Oróspeda» se deshace en alabanzas: «Han transcurrido algunos días —dice— y aún asombra nuestra retina aquella hermosura de color y de matices que se desprendía con esplendores y majezas españoles de aquella sucesión de cuadros cervantinos, llenos de encanto y de ensueño... Imposible más propiedad, ni más lujo, ni más exquisito sentimiento de las artes decorativas. ¡Y qué idealidad la de ese plantel de señoritas, en quienes la poesía, la música y el baile popular, tuvieron encarnación tan justa y delicio-



sa! Era oirlas embriagarse de luz, de ritmos, de notas y de belleza, de una belleza castiza y levantina, por ningún otro núcleo femenino superada, ni acaso igualada». Y así, párrafos y más párrafos. La actuación de Benavente, en cambio, es despachada en seis líneas.

Otra sección de «Oróspeda» que no puede quedar en el olvido es la titulada «Rebuscos», prolongación de la creada por Baquero en «El semanario murciano» para «despertar o avivar entre nuestros lectores y com-provincianos la afición por las investigaciones históricas y las curiosidades científicas y artísticas», como se dice en su pórtico. Recuerda «Oróspeda» el auge de la primitiva sección, a cuyo cobijo se fue formando una pléyade de eruditos locales que, desde entonces, dedicaron con más afán parte de sus ocios a estudiar las cosas de Murcia; entre ellos, Fuentes y Ponte, Pío Tejera, el conde de Roche, Tornel, Díaz Cassou y el propio Baquero.

La «resurrección» de los «Rebuscos» no produjo impacto, puesto que de las cinco cuestiones formuladas por la revista para una posible polémica literaria dos fueron contestadas por el redactor Frutos Baeza y otras dos por el propio director; la quinta quedó sin respuesta. Allí acabó la sección (6).

«ORÓSPEDA» Y LOS LIBROS

Dedicó «Oróspeda» algunas páginas de cada número a bibliografía, con la denominación de «Libros nuevos». Era, más que nada, un simple catálogo de novedades, entresacadas de los boletines de librerías y editores, sin criterio selectivo. Sin embargo, en los casos en que la revista recibió un ejemplar de alguna obra, justo es decir que le dedicó el suficiente espacio. «Libros nuevos» tiene el interés de que nos ofrece hoy, al cabo de casi medio siglo, un sucinto panorama de la literatura de la época. En novela, alterna «*El pozo de las pasiones*», de El Caballero Audaz, con «*El misterio del Kursaal*», de José Francés; «*Las sonatas del diablo*», de Felipe Trigo, con «*Bibi*», de Gaston Leroux; «*La demencia de Job*», de Vargas Vila, con «*Memorias de un hombre de acción*», de Baroja; «*Corazones sin rumbo*», de Pedro Mata, con «*La novela del honor*», de López de Haro. En teatro, se repiten los nombres de los Alvarez Quintero, Benavente, Sassone, Ibsen, Martínez Sierra, Marquina, Arniches, Villa-

(6) Los temas no estaban exentos de interés. Helos aquí: 1.º Puerta de la Traición. ¿Por qué se llama así? ¿Qué traición pasó en ella y en qué época? 2.º Ericas de Belchí: ¿Cuál es el verdadero origen de este popular nombre de la toponimia murciana? 3.º Licenciado Cascales: ¿En qué Universidad obtuvo sus grado sacadómicos? ¿Cuándo contrajo matrimonio y quién fue su primera esposa? 4.º Damián Salucio del Poyo, ¿fue sacerdote como se ha dicho? 5.º ¿Nació en Orihuela el doctor Fr. Juan Blanco de Paz, el enemigo de Cervantes?



espesa... Este último también aparece varias veces como autor de libros de poesía. Y con él, Rubén Darío, Eugenio de Castro, Tagore y otros. En política y sociología, Azorín, Unamuno...

Entre los libros reseñados —no simplemente citados— figura «*Volvoreta*», de Fernández Flórez, en la que son destacados su delicado humorismo, su descripción de paisajes y su ironía. «Una encantadora novela, de limpio y primoroso estilo», concluye el comentarista.

De «*Elevación*», de Amado Nervo, también se hace cumplido elogio. «Es el libro de un poeta verdadero —leemos—; poeta de emoción, sutil y delicado... Su musa dirige pura y fervientemente sus palabras a la eternidad clara donde mora la amada».

Cansinos Asens figura en esta sección con su obra «*La nueva literatura*», «un libro de evocaciones, por donde van desfilando figuras actuales, consagradas unas, discutidas otras, que han surgido a la vida de las letras desde las postrimerías del siglo XIX».

Más elogios y amplitud crítica fueron dedicados a «*Jardín interior*», de Gustavo Morales, «libro de gran madurez —dice su anónimo reseñista— en que una vigorosa inteligencia y una sensibilidad delicada han ido condensando todo el caudal de ideas y sentimientos atesorados durante una larga vida consagrada al estudio (...). Es un libro amenísimo y hondo, que abre insospechados horizontes al pensamiento y nos deja, después de su lectura, impregnada el alma de una dulce, vaga y melancólica poesía».

Al libro de Tagore «*El jardinero*» se le consagra todo un artículo, firmado por Juan Guerrero, en el que éste analiza con justeza la obra del poeta bengalí. «Apasionadas escenas de ternura —dice— donde la expresión del amor se enlaza con el sentimiento de la naturaleza, bellos apólogos e inocentes poemas infantiles componen este volumen donde canta el alma de Tagore, abrazando el universo entero con su emotividad lírica».

Cuatro libros de murcianos son comentados en «*Oróspeda*» con cierta extensión.

Uno de ellos es «*La juerga de la Estudiantina*», de Cayetano Alcázar, en el que se ataca humorísticamente el problema pedagógico español. Es de notar que el autor del prólogo fue Unamuno.

«*Bagatelas forestales*» es obra de Ricardo Codornú, colaborador de la revista. Se trata de una colección de estudios sobre ingeniería de montes y otros trabajos científico-literarios encaminados a despertar el amor y el respeto debidos al árbol.

También se comenta la aparición de «*Bellezas murcianas*», del hoy veterano periodista Leopoldo Ayuso. La obra es una colección de veinti-



cinco sonetos —«buenos y medianos», según el crítico— en los que se describen y loan a veinticinco jóvenes de la ciudad y provincia, con la originalidad de que los poemas van encabezados con fotografías de las respectivas «musas», hoy venerables ancianas —las que hayan sobrevivido— para quienes el libro será motivo de nostalgias.

Finalmente, se reseña la «*Antología de poetas murcianos*» de Raimundo de los Reyes, que tiene el mérito de ser el primer intento apreciable de reunir en un volumen poemas de autores locales, aunque el criterio selectivo no fuera muy riguroso. «Oróspeda», que no prodigaba el cómodo elogio, dice claramente: «Cuántos valen y sostienen en Murcia el prestigio de nuestra poesía regional figuran en el libro. Muchos que no debieran figurar están incluidos también». Se reproducen el prólogo de Augusto Vivero y el epílogo de Ruiz Funcs. El prologuista no vacila en considerar el empeño como anticipo de una antología «que ha de hacerse y se hará para bien de Murcia y orgullo de España». Pero hoy, al cabo de casi cincuenta años, esa antología aún no existe. ¿Se hará alguna vez? Confíemos en ello.

* * *

Y aquí ponemos punto final a este trabajo. Hemos recorrido —a veces con cierta emoción— todas y cada una de las amarillentas páginas de «Oróspeda». Ellas nos han traído el eco de un ayer lejano; de una Murcia diferente, íntima y sencilla; del quehacer de unos hombres que pusieron inteligencia e ilusión en el noble oficio literario y que dotaron a la ciudad de un notable vehículo de cultura.

